



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## REFLEXIONES



—Pues señor, tiemblo de que se vaya la corte á San Sebastián. No tropieza uno con una noticia que no se refiera al *Conde de Venadito*.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Hoteles baratos, por Juan Pérez Zúñiga.—Tristezas, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Entre colillas, por José Zabonero.—Cuenta, por Eduardo de Palacio.—Insomnio, por Sinesio Delgado.—Cariedades históricas, por Ildefonso A. Bermejo.—Desde el balneario de Papagurrea, por Julio Romero Gardemí.—¡Hágase usted ilusiones!, por Alberto Casañal Shakery.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Reflexiones.—Después del estreno.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Ya estamos aquí los bañistas de todos los años, excepción hecha de las de Cochifrito, que no han podido venir por una desgracia de familia. La mayor, que cantaba como un ángel, se escapó el mes pasado con un flautín del teatro Roma, y no se sabe dónde está, y eso que el padre de la chica ha ofrecido siete duros por la cabeza del flautín.

A consecuencia de este suceso desgraciado, la familia continúa en Madrid, bañándose en su propio jago, y todos los bañistas de Figueira lamentamos profundamente la ausencia de los Cochifritos, que daban animación a las reuniones del Casino Mondego y nos hacían pasar ratos deliciosos.

En cambio tenemos aquí un joven complutense, es decir, de Alcalá de Henares, que se trajo un velocípedo para su uso y anda todo el santo día de Dios recorriendo las calles a gran velocidad y atrapando gallinas. La autoridad le ha llamado al orden varias veces, pero él dice que si le quitan el velocípedo lo matan. Ayer se cayó sobre dos señoritas que volvían de la playa, y a una de ellas tuvieron que darle los sacramentos en portugués. Al de Alcalá le llevaron a la cárcel, y el velocípedo está en el ayuntamiento, con dos centinelas de vista para que no se dispare solo.

Tiene sus inconvenientes esto de venir a Portugal a echárselas de elegante, como le ha pasado al complutense. Él creyó que iba a dar golpe con su bicicleta, y lo probable será que pare en un presidio. Aquí lo más conveniente es hacer vida modesta y dejarse de sport y de lujos, como hacemos los hombres prácticos, que todos tenemos pollos en el corral y nos pasamos horas deliciosas echándoles grano para que engorden.

Por la mañana nos zambullimos en el mar modestamente; después nos entregamos en la playa a la conversación amistosa con nuestros patricios, pertenecientes en su mayoría a las provincias de Cáceres y Badajoz, y después nos vamos a casa, a cuidar de nuestras aves. Yo tengo un gallo tordo que me recuerda a Pidal por lo esbelto; y tengo un pato que trae a mi imaginación la figura de Jove y Hevia, tanto que no quiero que lo maten.

—Señorito—me pregunta la criada,—¿quiere usted que guise el pato?

Y yo le contesto:

—De ninguna manera.

—¿Por qué?

—Porque creería comerme al vizconde de Campo Grande.

En esta hermosa playa, el hombre, por elevada que sea su posición, prescinde del orgullo para entregarse a la vida modesta.

Hay aquí un bañista que ha sido senador quince veces y hoy forma parte de la Academia de la Historia y tiene dos grandes cruces y tutea a D. Venancio. Pues bien, este personaje compra por sí mismo las gallinas y las reconoce previamente para saber si están en condiciones de poner huevos. La operación es un tanto grosera y no muy limpia, pero el senador prescinde de su autoridad a trueque de tener gallinas útiles. Ayer le sorprendimos en el corral, dando de comer a un pollo que está inapetente: el senador, con la pacien-

cia de un ama de casa cuidadosa, abría el pico del pollo e introducía por él granitos de maíz.

En cuanto uno gusta los encantos de esta vida patriarcal, es cuando comprende sus muchas ventajas sobre la vida fatigosa de la corte. Aquí todo es quietud, dulzura y pollos con tomate. Va uno a meterse en el lecho, y se encuentra un palomino encima de la mesa de noche, ó una gallina debajo de la cama, ó un conejo dormido dentro de una zapatilla. Pónese uno a comer rodeado de aves de corral, que parece que nos dicen: «Gúisame,» y vive uno, en fin, entre flores y pájaros, como viviría Grilo, si fuese a seguir los impulsos de su corazón poético.

Ahora bien: muchos bañistas no disfrutan de estos placeres, y es porque aman la sociedad y el lujo de un modo desenfrenado. Viven durante el invierno en Villamelón, por ejemplo, donde hay baile todos los domingos en casa del juez municipal, y están acostumbrados a los placeres, de los cuales no pueden prescindir. Decídes que cuiden los pollos, que echen de comer a los conejos, que reconozcan a las gallinas, y os rechazarán con indignación.

Por eso me dijo ayer un joven de Naval Moral que los de Madrid somos muy ordinarios.

Aquí no carecemos de ninguno de los elementos necesarios para la vida regalaña. Lo único que nos falta es tabaco, porque el que se vende en Portugal sabe a coliflor. Todos los que venimos de España procuramos introducir una docena de cajetillas sin pagar derechos. Los de la aduana ignoran el fraude, y nosotros podemos fumar durante ocho ó diez días a nuestro gusto; pero se acaba la provisión, y entonces comenzamos a padecer lo indecible.

El feliz mortal que ha conseguido introducir un número decente de cajetillas, se ve adular por los españoles, que le agasajan para que les obsequie con un cigarrillo de cuando en cuando. El otro día llegó un caballero de Cáceres con una sombrero llena de pitillos, y al saberlo los españoles nos lanzamos sobre él como fieras. Yo propuse darle una serenata, para halagarlo y ver si nos sacaba de esta situación crítica en que nos encontramos; pero el hombre se hace el sueco y sólo da pitillos a los que piensan como él en política. De manera que desde ayer por la tarde soy conservador para fumar de gorra, y sería moro si me asegurasen una cajetilla diaria.

Ya abrió sus puertas el Casino Mondego, y hemos tenido baile con orquesta y rigodones intencionados y vales vertiginosos.

Ahora esperamos a los chicos de Coimbra, maestros en el arte de Terpsicore, que vienen a Figueira todos los años dispuestos a agitarse en el tacio y a enloquecer a los españoles con su agilidad y su elegancia.

Entre ellos hay uno con el título de «primer valsista» de la *Beira baixa*, que es capaz de bailar un vals en la punta de un sable. En todo el día no hace otra cosa más que girar como un trompo, y el verano último estableció aquí una academia de vals, a precios módicos, donde tomaba lecciones la juventud procedente de Mi-guelurra, Dalmiel y otros puntos de España.

Este año va a haber un concurso de bailarines, estableciéndose tres premios, que consisten en un sombrero de paja con cinta azul, unos calcetines rayados y un queso de bola.

Otro de los centros más concurridos de Figueira es el *Café Español*, adonde acuden por las tardes los españoles, excepción hecha de uno que llegó, pidió prestados cinco duros al dueño del establecimiento y se fué para siempre de entre nosotros.

¡Dios le haya perdonado!

LUIS TABOADA.

## HOTEL BARATOS

Amigo don Fortunato, ¿cómo me ha engañado usted! ¿Por qué pone en sus tarjetas «Paseo de San Andrés, hotel número catorce» con esa desfachatez? ¡Ya veo que a cualquier cosa se puede llamar hotel! Usted sin duda se dijo: «No es muy cierto que el tener hotel propio en las afueras viste mucho y saena bien?

Pues compremos uno, y luego démonos pisto con él.» Yo, al saberlo, francamente, tuve envidia; mas después que he visto la choza tísica donde se ha metido usted, me siento feliz viviendo como Dios me da a entender, en mi cuarto solabanco de la calle de Belén, a pesar de sus goteras y sus ciento veintitrés

escalones y su horrible portera de cascabel. Sí, señor don Fortunato; porque al fin, ¿qué viene á ser ese hotel? Una peñera donde apenas cabe un pez; una especie de gruta con pinturas al pastel, ó una jaula con su moño (se entiende, cuando está usted). Los cuartos son de trapo, los muros son de papel, la escalera se estremece y hay que subirla en un pie, porque en aquellos peñaños no caben dos á la vez. A más, tan bajo es el techo, según me ha dicho la ladá, que para quitárselo el polvo se tiene que poner en cuclillas. ¿Será bajo? Pues todo es de ese jaez. ¿V el jardín? Quien llega á verlo tiene risa para un mes. ¿Afirmo usted que sus árboles dan mucha sombra? Pues bien, si conté más de seis hojas en las dos plantas ó tres del tal jardín, que me claven la mano de un almirez. También dice usted que tiene palomar. ¿Por vida del...? ¿A una lata de petróleo empotrada en la pared, donde no caben siquiera dos palominos de pie, le llama usted así? ¿Qué gusano! ¿Y qué calor suele hacer? En invierno hasta se habían los picaportes; después llega Marzo y con los vientos se tambalea el hotel, que si no va cae, es por para

consideración á usted; pero, en cambio, en el estío se le tuesta á usted la piel, sobre la cual se pasean las chinches á su placer formadas por compañías al mando de un coronel. En suma, que es un encanto la tal finca, sobre ser por las noches de un peligro positivo para usted, pues la rondan ciertos hombres de esos que en un santiamén le roban á usted la capa, ó el revólver, ó la nuez. ¡Llizo, usted soberbia compra! ¿Y todo ello por qué fué? Porque á usted se la vendieron por cinco duros ó seis y en diez plazos que jamás acabarán de vencer. Pero ¿qué importa ese precio si hay que gastarse después la mar en acciós de ligado de bacalao para ver si untando bien los tabiques se pueden tener en pie? Confiese usted que en su finca pasa una vida cruel. ¿Ni el paraguas en su funda vive con más estrechez! Tanto es así, amigo mío, que, cuando se muera usted, al sentirse ya en la caja, podrá usted decir muy bien: «¡Gracias á Dios que aquí tengo más anchuras que en mi hotel! ¡Por qué no habré fallecido hace dos años ó tres!» ¿No comprar hoteles de esos? El Señor me libre, amén. (Por supuesto que lo digo porque no tengo con qué.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## TRISTEZAS

En tu tumba solitaria no vi un recuerdo de amor. Ni el perfume de una flor, ni el rumor de una plegaria. ¿Qué pobre ser se derrumba buscando eterno reposo, y no halla un beso piadoso ni una lágrima en su tumba!... Sobre el mármol blanco y frío tan sólo tu nombre, «Luz», y ni un ángel, ni una cruz... ¿Cuán triste es esto Dios mío! Y eras muy joven y hermosa, y para el amor nacida. ¿Qué amarguras de la vida marcan su hiel'a en tu fosa?... ¿Qué desdenes de la suerte ó qué desdicha tenaz roba á tu sombra la paz aún más allá de la muerte?... Por cariño, ó por deber, nadie aquí viene á rezar ni tu recuerdo á evocar... ¡Pobre Luz! ¡Pobre mujer! Aún recuerdo tu hermosura, tus labios frescos y rojos,

la clara luz de tus ojos, de tu frente la torsura... La música de tu acento, de tu cuerpo los hechizos, y el perfume de tus rizos agitados por el viento. En constante adoración los hombres te perseguían, y á tus plantas ofrecían su vida y su corazón. Fueron tus caprichos leyes, con locura te adoraron, y tu yugo soportaron los magnates y los reyes. Paz, belleza, juventud, felicidad, alegrías, todo, todo lo tenías... ¿Qué te faltaba? Virtud. Viviste para el placer, no formaste amante niño, y hoy duermes en el olvido... ¡Pobre Luz! ¡Pobre mujer! Por eso tan sola estás bajo tu fúnebre losa. ¿Qué ni fuiste amante esposa, ni fuiste madre jamás!

E. NAVARRO GONZALVO.

## ENTRE COLILLAS

Reunidas por la mano rapaz de un pilluelo, había en el rincón de una barraca un montoncillo de colillas de distintas naturaleza, procedencias y categorías. Todas habían servido para el goce de un instante y habían sido arrojadas luego á la calle, y se hallaban allí condenadas á desaparecer. ¿Dónde se reunirán los desdichados víctimas servidores del vicio que no hagan conversación refiriéndose mutuamente las historias de sus desventuras?

—Yo pienso—dijo la punta de un susini, papel color de tabaco—que la verdadera vida de un cigarro empieza cuando es encendido y acaba cuando le reducen á colilla; esto fuera de los casos en que no es consumido en la boca ó en la pipa. Yo pertenezco á un sabio: él me gozó; sacóme de la petaca, me miró á través de sus lentes, me introdujo en una boquilla de espuma de mar y me aplicó un fósfo-

ro. Encendióse mi cabeza, sentí correr el calor por todo mi cuerpo, y á cada chupada de mi dueño el nuevo placer veía acortarse mi vida, encanecer con caniza mi cabeza y perderla de continuo; pero el brillo y el humo de mi lumbre me envanecían; ¡me da mi, hallábase orgullosa con producir una momentánea embriaguez!

—Más honrada fué mi vida—dijo la coleta de un cigarro brigadier,—que pertenezco á un cesante y entretuve su hambre por algunos segundos y le llené de humo de esperanzas la cabeza.

—Bueno, déjame acabar mi historia—dijo la susini.—Conocí que mi dueño era un sabio, porque me dejó varias veces apagar y tornó á encenderme, y mis entrañas se requemaron, y de aromáticas y suaves tornéme fuerte y picante; en tanto que el señorón con el libro abierto quedóse dormido, cayó la pipa y yo de ella, hasta que á escobazos salí de la casa y vine, despreciada y pisotada, á dar con vosotras en el montón.

—Yo pertenezco á un estudiante que, apenas me encendió, recibió un bofetón y fui arrojada por la ventana á la calle—dijo una de las de á real.—¡Ah, pero con qué avidez me disfrutaba! Éso sí, á más del bofetón debí de producirle un mareo y una vomitona. ¡Pobre muchacho, qué boca la suya más fresca y delicada! No tuvo él la culpa de que yo cayese al lodazal y viniese á parar á este estercolero.

—Vamos, esta tonta se enamoró—exclamó con ironía la punta de un emboquillado.—¡Si hubieras aprendido lo que yo en mi breve existencia! Pertenezco yo á un caballero, que me puso con otros cigarrillos en una olorosa petaca de piel de Rusia, y con él fuimos á ver á Carmela. Ante todo os diré que Carmela estaba en amores con un viejo que la sostenía con lujo y á boca que pides, y mi dueño iba á ver á la danisela un ausencia del viejo. Apenas mi amo nos sacó, la joven dijo:

—No fumes, Enrique; el viejo tiene una nariz muy fina.

Enrique no fumó; pero como había abierto la petaca, yo me pudo deslizar y allí quedé escondido, y allí fui luego hallado por el amante pagano. Dijo la joven que yo le pertenecía, y que ella fumaba, é hizo la prueba y me encendió, y aún no había llegado á poco más de la mitad, cuando la palidez, las toses descubrieron la falsía, y yo fui arrojada á la escupidera; pero había aprendido que el amor es, en la mayor parte de los casos, un puro negocio.

—Cállate todas y dejad hablar á la colilla de las colillas. Yo fui de la cojeteja de un obrero á las manos de una mujerzuela andariego de las calles. Su boca era más amarga que mi tabaco; era mujer que no tenía ni edad ni sexo casi. Fumábame con rabia, y cuando casi me consumió y antes de arrojarme al suelo, díjome con voz bronca y cascada:

—¡Mardesín, anda y permítame Dios que te recojan y pudras un montón de desperdicios, que más enveneno yo que tú, y somos yo y las de mi cofradía buenos que un pitillo; hay quien nos coge por *pa-zatiempo*, nos gusta por entretener ó engañar sus hambres y *aluego* nos tiran á la *basura*! ¡Anda y pudre un montón y que el montón corrompa *er mundo*!

É-to dijo y me tiró al arroyo.

¿Cuánto luego se oyó de amargo y extravagante en aquel montoncillo de colillas! Unas, que en los breves momentos de existencia de cigarro habían oído la justa queja del obrero; otras presenciaron la impaciencia del avaro, el ocio del paseante, el deleite del gloton, el malvado proyecto del criminal, las vanaglorias de los orgullosos; y así de las barraduras de los salones, de las buhardas de las casas, de los teatros, de las fondas, de los cafés, de las calles y de los paseos formábase aquel montón, detritus del vicio, tal vez germen de la infección, el mundo de las colillas.

Del polvo del tabaco en ellas acumulado hizo Pitín, el colillero, un barro, y creó un nuevo cigarrillo, y tras él nuevas generaciones; y al fin dijo *fiat lux*; y encendió uno de los hijos de sus manos, y estático y anirvanado comenzó á pensar sin duda en los misteriosos prodigios de la metamorfosis. En esto, al ver pasar á la hija de una afamada cortesana, exclamó:

—A ésta también la han hecho de una colilla escupida y pisada.

JOSÉ ZAHONERO.

## CUENTO

Caballero en un burro, animal de hermosísima presencia, iba el señor Frasquito, alias *El Churro*, en clase de jurado, hacia la audiencia. Era largo el camino y el jinete arreaba á su pollino, diciéndole á la par, muy disgustado: —Anda, animal cansino, que vas, como er que dise, á ser jurado. ¿Tú no ves que es honor, para tu clase, yevár á lomo á un hombre magistrado? ¿Que, pasé lo que pase, nos traeremos un saco de pesetas que nos vardrán las dietas? Ya sé que lo de dieta á tí te escama, porque eres ignorante y tú no sabes lo que asín se yama; que viene á se á moo de propina, por mandá á presiyo á argún tunante que roba una gayina, á darle el arta á casiquier cristiano.

# DESPUÉS DEL ESTRENO.



**La primera tiple.**

Diga usted en el periódico mañana que esta noche, al cantar los panaderos, ha sido la ovación tan soberana que me tiraron paños y sombreros.



**La madre de la primera tiple.**

¡Ven ustedes mi niña! ¡Qué voz tiene! ¡Y qué cuerpo! ¡y qué gracia! ¡y qué modales! Para el año que viene no nos quedamos por trescientos reales.



**Un crítico.**

¡Esto es absurdo, inmoral! El autor es un mormal y el músico es un gatera. ¡El público lo tolera porque está hecho un animal!



**Otro crítico.**

¡Qué que tiene defectos. Y qué hay sin defectos? Nada; pero entretiene y agrada... y tiene ciertos correctos.



**El jefe de la claqué.**

Esos gachós del seis tenían gana de reventar el vals de los abrazos. ¡Como vuelvan mañana, tendremos que empezar á garrotazos!



**Un espectador inmoral.**

Yo no entiendo de versos ni de prosas, pero al menos la obra es divertida, porque tiene unas piernas tan hermosas la que hace de merluza distinguida!



**El músico.**

Vaya, que el tal librito es rematado, pero ¡claro! la música ha gustado y nos dará muchísimo dinero. ¡Y que me diga luego el más pintado que es toda de *Cristino* y de *El Barbero*!



**La característica.**

Mañana debe el autor quitar lo de serenata; porque yo seré jamona, pero tanto, ¡no señor!



**El gracioso.**

Porque, después de todo, ¡qué es la pizarra! Pues una colección de escenas frías y sin pies ni cabeza. Gracias á que me sobra la destreza y el público me tiene simpatías.

¡Diga usted que el sombrero que yo saco y las vueltas carneras con que animo el papel de dios Baco al lucero del alba dan el timo!



**Un tramoyista.**

¡Rediós, cuánto belén de bastidores! Y ni una mala copa de aguardiente... Me cargan los autores que escriben pa nosotros mayormente.



**Una espectadora de quince años.**

Tiene bonitas medias la muchacha que representa el tarro de aguardiente. ¡Yo tengo que aprender esa guaracha, que dice mi papá que es indecente!



**El autor.**

Doce veces he salido. ¡Esta pasa de las ciento! ¡Caramba! ¡Tendré talento sin haberlo conocido? .

que ravienta á un amigo ó á un paisano.

En estas digresiones y ya oscura la noche, vió Frasquito cruzar por el camino unas visiones.  
—¿Quién va ahí?—preguntó con voz tonante, pero no respondió bicho viviente.  
—Ea, ya estáis echando pa delante, ó descaerigo der burro la *bovacha* y voy á vortear á quince á veinte.  
¿Cómo no sus da lacha andar por ésas campos á deshora espantando á la gente?

Conque una voz sonora, que parecía así de medio luto, ó como si pasara por canuto, respondió tristemente:  
—Frasquito, güerve ar pueblo, vida mía, mira que antes der día habrás muerto tú solo e repente; que no mueras en medio de un camino, sin más consolación que tu poyino. Soy tu amigo sincero y te aconsejo así porque te quiero.

Y Frasquito veía allí en lo oscuro dos ojos colosales con luces de bengalas naturales, lo mismo que dos heros encendidos, vomitando á raudales llamas, chispas y *gitanos cocidos*.  
—No vayas á juzgar á tus hermanos—dijo la voz,—que es feo entre cristianos, y si hace tanto daño un juez de oficio, ¿qué no hará el animá, pango por caso, que se presta á ser juez de desperdicio? Güerve y no des un paso!

Y en esto los fantasmas se arrimaban y echando todos lumbre le miraban; y uno, en un guitarrillo, tocaba el miserere en estribillo. Volvió el burro Frasquito, y todavía continuaba corriendo al otro día. Conque luego en diez años le quitaron y además entre guardias le llevaron, y él clamaba en la audiencia, hecho una furia:  
—¿Yo soy esquilador ú de la curia?

EDUARDO DE PALACIO.

## INSOMNIO

¿Cuándo querrá el diablo que cese un momento esta inaguantable desgracia que tengo? En vano al trabajo con ansia me entrego por ver si consigo rendir el cerebro, cansar la materia, molermé los huesos y luego dormirme larguísimo tiempo. ¡Dormir! ¡Ab, qué cosa tan buena es el sueño! ¡Salirse del mundo traidor y embustero sin atormentarse con el pensamiento, y en dulce letargo y en grato sosiego, sin pena ni gloria vivir... no viviendo! ¡Y yo todavía no sé lo que es eso! A mí las ideas me siguen al lecho, y allí me atezan, me agitan los nervios, en vagas quimeras me engolfó y me pierdo, con las penas sauro,

los placeres siento, y en el mundo sigo cuando de él me aljo, siempre en sus miserias ¡y siempre despierto! porque me desvelan todos los recuerdos y todos los ruidos y todos los ecos...

.....  
Cuando yo me muera, que será de viejo (lo que no hace falta para mucho tiempo), quiero que me entierren de prisa y corriendo, sin gritos de angustia ni sollozos tiernos, que no haya respuestas ni venga cortejo, ni me pongan losa con ningún letrado, pues quiero que quede perdido mi cuerpo gozando á sus anchas del reposo eterno, muy fuera del mundo, muy solo y muy lejos, ¡á ver si descanso, y á ver si me duermo!

SINESIO DELGADO.

## CURIOSIDADES HISTÓRICAS

### EL PAPAGAYO DE ENRIQUE VIII

Escaligero, este sabio y erudito escritor de su siglo, de quien se dice que era tan extraordinaria su memoria que en cuatro días aprendió todo el Homero y en cuatro meses todos los clásicos latinos, este sabio sobre todos los sabios refiere un hecho que muchos supondrían increíble si no lo escribiese y afirmase el docto Escaligero.

Dice, pues, que Enrique VIII, rey de Inglaterra, tenía en su pa-

lacio un papagayo blanco de singular belleza, muy inteligente y que hablaba á las mil maravillas. Enrique VIII tenía gran predilección por este animal, que le habían traído de la isla de Bantam, cerca de Java.

Cierta día le vinieron ganas á este pájaro de extender su vuelo por los jardines del palacio, situados en las orillas del Támesis. Atraído por el alboroto que escuchaba en las márgenes del río, se aproximó á los extremos de un terrado, pero asentó sus patas con poca seguridad y cayó en el río. Después de haber aleteado algunos momentos sobre la superficie del agua buscando su salvación, comenzó á articular muy alto estas palabras, que había oído pronunciar y que felizmente repitió: *A bot, a bot fort Twenty pounds; es decir, un bote, pronto un bote por veinte libras.*

A estos gritos repetidos, un barquero, imaginando que pedía socorro una persona de importancia y que el asunto urgía, decidió atravesar el Támesis y acudió adonde salían los clamores, y quedó sorprendido de no ver otra cosa que un papagayo que se ahogaba. Sin embargo, le salvó y lo llevó al rey, á quien le constaba que pertenecía, esperando que por este servicio obtendría una buena recompensa.

—Señor—le dijo el barquero,—vuestro papagayo se ahogaba y me ha prometido veinte libras si le salvaba; le he salvado, y espero que V. M. mandará que se me entregue la cantidad prometida.

—Aun cuando te hubiese prometido mil libras—repuso el rey,—yo jamás te las negaría. Pero ¿quieres que él mismo decida sobre el asunto? Yo te entregaré la cantidad que el papagayo determine.

—Con mucho gusto, señor—contestó el barquero, creyendo que una palabra del animal iba á enriquecerle para toda su vida. Pero quedo estupefacto cuando el papagayo, interrogado por el monarca, engañándose, pronunció con tono desdenoso: *Give thi grave ajevot; es decir, Dento cuatro sueldos á ese patán.*

«El papagayo no tenía más que insinuar, dice Escaligero, y sin embargo, se expresaba como cortesano; su residencia en la corte había corrompido, como se ve, su carácter natural, al punto de hacerle semejante á la mayor parte de los grandes, ó mejor dicho, al mayor número de los hombres, que lo prometen todo cuando se ven en peligro y luego ni siquiera se acuerdan de los que les han liberado de él.»

Ahora el lector juzgue lo que mejor le parezca acerca de la verosimilitud del hecho. Yo me he limitado á apuntar lo que he leído narrado por tan respetable autoridad.

I. A. BERNESO.

## DESDE EL BALNEARIO DE PAPAGURREA

«Cumpliendo la promesa que le hice al separarnos, de dar á los lectores noticias de estos baños, allá van las siguientes, querido señor Flatos: Es éste un espacioso y alegre balneario, famoso por los miles y miles de milagros que vienen, ha diez siglos, sus aguas realizando. Aquí se curan siempre y á casa vuelven sanos lo mismo los enfermos del hígado y del bazo, que los de los pulmones, que los del pericardio, que los de la garganta, que los del espinazo... Las jóvenes anémicas y de colores pálidos se ponen cual las guindas allá en el mes de Mayo, y las interesantes que están en el octavo, al mes de usar las aguas ya salen del cuidado. A todos les convienen, á nadie le hacen daño. Los gordos adelgazan, engruesan los delgados, sus remos enderezan los cojos y los mancos, bullir sienten los viejos su sangre de veinte años, y crecen que es un gusto los niños y muchachos. ¡Y qué más? ¡oh, lectores! Con sólo quince baños (y no sé si algún palo) á su casa felices no ha macho regresaron, derechos como un buso, noventa jorobados.

¡En fin, les digo á ustedes que aquí se hacen milagros! Verdad es que no poco influye en ello el sabio, ilustre y distinguido doctor Dachasufato. Verdad también que al dueño le lleva ya gastados lo menos cien mil duros en miles de aparatos que han hecho de esta casa un templo hidroterápico. ¿Bañistas? .. Don Juan López, el cura de Valbarro, las lindas señoritas de Atún Escabechado, el flauta señor Sordo, la tiple Lola Gallo, el vate señor Ripio, el puñillero Chato, González y familia, tres pelotaris vascos... y cien más, todas ellas personas de alto rango. Con estos elementos, un clima fresco y sano, paisaje delicioso y mesa... cual no hay cuatro, excuso encarecerles, pues es innecesario, lo bien que aquí se pasan los meses del verano...»

.....  
Así escribí, no ha macho, á *El Bombo*, de Valpavo, periódico político y casi literario, el joven *noticiero* señor Pluma de Ganso, que allá en Papagurrea les ilustra los zapatos al médico, á sus hijos, á los del propietario... ¡y á todo el que dá una propina de tres cuartos!

JULIO ROMERO GARMENDIA.

## ¡HÁGASE USTED ILUSIONES!

Vi que era necesario, y el otro día me marché á una elegante zapatería á encargar que me hicieran un par de botas, porque las que llevaba ya estaban rotas. Que las harían pronto me prometieron y, en efecto, ayer tarde me las trajeron. Si he hablar con franqueza, quedé asombrado cuando vi las hechuras de aquel calzado, y, falto de paciencia para guardarlas, aquella misma tarde quise estrenarlas. Me arreglé, me las puse, cogí el sombrero y, con las apariencias de un caballero, me marché, calculando que el que me viera arreglado y vestido de esta manera, por persona importante me tomaría y tal vez con envidia me miraría. Sucedieron las cosas como pensaba. Pronto vi con orgullo que, si pasaba una chica cualquiera junto á mi lado, dirigía sus ojos á mi calzado. Y aunque algunas personas mal educadas al verme prorumpieron en carcajadas, yo pensaba, sin darme por advertido, que de todo la envidia saca partido y que el que tiene ganas de divertirse siempre encuentra motivos para reírse. Volví por fin á casa, y en la escalera me encontré con la chica de la portera, quien con toda la fuerza de sus pulmones, mientras yo iba subiendo los escalones, lanzó una carcajada tan estruendosa que, asustado, creyendo que era otra cosa, de nuevo la escalera bajé de prisa y aún la encontré en el patio muerta de risa. —¿Qué es lo que te sucede? dije enfadado. Y ella, fijos sus ojos en mi calzado, dijo: —¡Nada! ¡Si es una majadería! Es porque me he fijado, cuando subía, que va usted satisfecho como un chiquillo... ¡enseñando las cintas del calzoncillo!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERV.



Pocos días antes de morir el distinguido escritor y publicista D. Ildefonso A. Bermejo (q. e. p. d.) nos remitió el artículo que publicamos en el número de hoy.

Por la índole cómica del asunto nos ha parecido inoportuno hasta ahora honrar con él las columnas del periódico; pero habiendo transcurrido ya mucho tiempo desde el fallecimiento de su autor, no queremos privar á nuestros lectores del placer de saborear la última producción de tan laborioso y fecundo ingenio.

Es en extremo gracioso lo que á los turcos les pasa: les agrada coger turcas, y el vino no les agrada.

Le falta un brazo á Severo y, al ir á hacerse un retrato, pretendía el mentecato que fuese de cuerpo entero.

EMILIO C. OLARAN.

¡No decían ustedes que había pasado la época de los milagros! ¡Qué ha de pasar! A ver si esto puede ocurrir en el mundo sin la directa intervención de la Divina Providencia:

«Un despacho de Saigón dice que el capitán francés que ocupaba la isla de Khone se apoderó del fuerte Bouson, seriamente fortificado. Los franceses no experimentaron ninguna pérdida; los siameses tuvieron trescientos muertos y doscientos heridos.»

Esto es más maravilloso todavía que lo de Covadonga.

Porque hay que tener en cuenta que el fuerte estaba seriamente fortificado. Si llega á estar fortificado en broma, no queda un siamés para contarlo y... vuelven más franceses de los que fueron.

En la cuestión de los vinos, sin duda por el calor, hace el Congreso unas cosas que no las entiende Dios. ¡Pues no ha votado unas leyes que dejan á la nación en libertad absoluta de obedecerlas ó no?

## Libros:

*Heva*, novela de costumbres de la India, por Mery, publicada por nuestro colega *El Folletín*, que cada día obtiene mayor y más merecido éxito. Precio, una peseta.

*Memorias*, colección de artículos de D. Mariano Salz, notable por su interés y corrección de estilo. Precio, dos pesetas.

*Opiniones*, libro de crítica de D. Pastor Ucelay, de Mérida de Yucatán.

*Un síbero de sabios*, colección de retratos á pluma, por Pedro Sánchez. Precio, una peseta.

*Un café flamenco en Galicia, A mi aldea, Sátira de costumbres contemporáneas*, tres composiciones en verso de nuestro colaborador D. Enrique Labarta y Pose, premiadas en los juegos florales de Pontevedra. Precio, 50 céntimos.

*La propiedad militar*, interesante libro de gran actualidad y de mucha importancia para el ejército, por Udas de Ormaguac.

*Blanca y negro*, juguete cómico en un acto, en prosa y verso, original de D. Ramón A. Urbano y D. Agustín Ponce, estrenado con gran éxito en el Teatro Lara.



El día 19 del corriente, tras larga y cruel enfermedad, murió en San Gervasio de Cassolas (Barcelona) nuestro queridísimo amigo y colaborador el hábil y distinguido dibujante D. Ramón Escaler.

Laborioso como pocos, ha dejado indelebles huellas de su fecundo ingenio en casi todos los periódicos catalanes y en muchos de los de Madrid. Recientemente había publicado un precioso libro de caricaturas, llenas de intención y de gracia.

¡Descanse en paz el infortunado artista!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*K. Tila.*—¿Que son de usted y de un amigo? ¡Qué lástima! ¡Tan jóvenes y ya locos rematados!

*A. B. C.*—Irán.—Un poquito gastado el asunto. Y el verso «pero es su renta ilícita é inmoral»

es bastante largo. Sobra la *é*, por lo menos.

*Morfo.*—¡Escéptico estáis, vive Dios, y dero con el sexo débil!

*Chanito.*—Envíe usted la firma.

*Sr. D. T. C.*—El romance es muy mediano. Y, por ahora, el verbo *vagar* no se escribe con *b*.

*Quevubini 2.º*—Versificaste molto, ma non abusate più de la vulgarità. Questo é un consilio.

*¡Approchant!*—¡Ay, no señor! Porque son muy malitas todas.

*Sr. D. J. R.*—Aprovechando la oportunidad, va inmediatamente.

*¿Se publicará?*—¿Qué más quisiera yo? Pero no puede ser; el chiste, sobre ser verde como un pimiento, es del tiempo de los ostrogodos. Y no se puede ni se debe decir *argullo*, porque no se *argulle* durante la canícula.

*Quijote.*—Dicho así no tiene nada de particular, y si se dice de otra manera resulta muy fuerte. De modo que no hay medio de resolver satisfactoriamente el conflicto.

*Pepi Lid.*—Casi parece clásico, pero no *entaja* en el periódico.

*Fray Trancoso.*—Me pone usted en el terrible trance

de jurar que es mediano ese romance.

*M. y L.*—El de usted no le va en zaga. ¡Por Dios! No vuelva usted á escribir *bueltas* de ese modo, porque parece cosa distinta de lo que es en realidad.

*G. M. Lo.*—Usted debe ser andaluz y el *ecce* le sirve para aconsonantar palabras que no son consonantes. Hay que huir de eso, ¿eh?

*Discordias.*—Todo ello es muy flojo. Y no puede pasar aquello de «poblaran tu cabeza verdes canas»

porque no hay canas verdes. Ni quiera Dios que las haya nunca, porque dejarían de ser canas entonces.

*Sr. D. A. G.*—Tiene algo de romance de ciego, con su desgracia irremediable y todo.

*Sr. D. E. M. A.*—Madrid.—Algo de eso le ocurre también al de usted, aunque por fortuna no hay suceso desagradable que lamentar.

*Un sobrino de las musas.*—Hombre, por Dios, eso no tiene efecto de puro inverosímil. Sin contar con que la idea *madre* es vulgar como ella solita.

*Tyutrá.*—El pensamiento es delicado, aunque no nuevo del todo, pero la forma es deplorable desgraciadamente.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández.

Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Con razón túas presumo  
esta distinción sin par,  
que me más perfuma  
de Quina Palomar.  
Farmacia y Droguería.  
Avenida real, 24.



—¿Qué me importa que haya  
[tengo]  
en el noble juego vasco,  
Dios gracias, tengo un hongo  
de M. García Carrasco?  
Carretas, 26.



—¿De dónde salen tantas personas principales  
que llevan en los rostros clarísimas señales  
de goces tan intensos y de alegría tal?  
—Pues... de comprar mosaicos, baldosas especiales,  
floreones para techos, que no hay otros iguales,  
y objetos de cerámica que no tienen rival.  
Escofet, Fortuny y Compañía. Alcalá, 18 (Equitativa).



—Cuando una muela te duela,  
no sufras, no seas tonto;  
vé a Tirso, verás que pronto  
te extrae un duro y la muela.  
Mayor, 73.

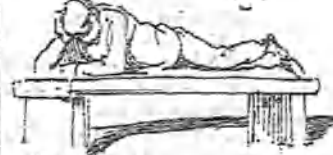


Dix que el apóstol Santiago  
solemnizó antes de ayer  
sus días echando un trago  
del fin Cognac de Moguer.  
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.  
Depósito de vinos, Arenal, 2.



—¿Tú qué quieres merendar?  
—Una tarta de La Flor  
y Nata, que al paladar  
es lo más grato y mejor.  
Plaza de Celenque, 1.

LA VIDA ES SUEÑO



«Sueña el rico en su riqueza  
que más cuidados le ofrece,  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza,  
sueña el que a dormir empieza  
en dura piedra labrada,  
que Dios al cabo se apiada  
y le da en premio a su fe  
dos carnes del Bazar de  
la plaza de la Cebada.  
Número 1.



—El calor me desespera.  
Abre aquel armario y saca  
la americana de alpaca  
que le he comprado a Pesquera.  
Magdalena, 20.



Martínez me puso el cuello,  
y por esta circunstancia  
tiene el cuello el sello  
de la elegancia.  
Farmacia y Droguería, 2.



Calvo de tanto estudiar  
se quedó el pobre Carmelo,  
y con Quina Palomar  
le volvió a salir el pelo.  
Farmacia y Droguería, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO  
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;  
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

